

ESTO DE SER GESTOR CULTURAL

A propósito de que esta semana se desarrollará en nuestro país el IV Encuentro Internacional de Centros Culturales de América y Europa recordé mi participación en su segunda versión en Buenos Aires, a la que asistí como conferencista hace un par de años y donde se me consultó cómo había llegado a esto de la gestión cultural. Dicha pregunta surgió, porque varios de los panelistas no habían estudiado esta profesión y habían llegado a cargos importantes en el ámbito cultural, llevados por inquietudes personales mezcladas con buenos contactos políticos.

Mi respuesta tuvo la banalidad de quien contesta qué zapatos me pondré mañana: “después de ser Licenciado en Artes y actor titulado de la Universidad de Chile; de haber trabajado cinco noches por semana como mesero en un restaurant y como vendedor de planes para celular; de haber actuado como figurante en el Teatro Municipal y como director-productor de una compañía teatral; me cansé de ser mirado como bicho raro y estar permanentemente buscando un espacio donde presentar una obra teatral o recursos para subsistir; opté por la gestión cultural, una profesión que estudié por varios años y que como cualquier otra, merece ser reconocida”.

Fue a mediados de los noventa cuando decidí pasar al otro lado del mostrador, y contra todo pronóstico, descubrí que era posible enfrentarse a las mismas problemáticas que las de los creadores simplemente con otras herramientas.

Hoy me pregunto de nuevo, ¿cómo se llega a ser un gestor cultural sin morir en el intento? Es una inquietud constante de quienes trabajamos en el ámbito de la cultura. Es

como preguntarse ¿cuándo uno es un creador?, cuestión que se hace en el tercer año de universidad o después de varios años de caminar por distintos rumbos con aciertos y desaciertos, cuestionándose asimismo y diciendo ¿serviré para realizar esta tarea, vale la pena el esfuerzo personal que involucra?

Estas preguntas son permanentes en el trabajo del gestor cultural. Es una tarea difícil, ya que las herramientas con las que se cuenta están muy dispersas y se confunden.

Puede ser que un buen gestor cultural sea el que atrae 200 mil personas a una exposición, o el que logra la temporada exitosa de una compañía teatral, o el que logra convocar a 45 músicos en un escenario, o mejor aún, el que permanentemente está innovando o creando espacios para la cultura. Todas estas afirmaciones pueden ser válidas.

Me parece que la labor de un gestor cultural se debe legitimar, lo cual lamentablemente no ocurre en nuestro medio local. Su mérito está en que pueda dar identidad a un espacio cultural, un dominio pluralista y diverso a la programación, un manejo prolijo con la empresa privada, un buen diseño de políticas culturales y una estrecha afinidad con los creadores.

Eso es lo hermoso de la gestión cultural, tiene que ver con la manera de aprehender el objeto creado, a su creador, a su proceso de creación y ponerlo en la escena social.

Entender que lo que uno hace, sólo es posible a través de equipos de trabajo, creación de redes. El compromiso de cada uno de sus participantes e integrantes es lo más difícil. Y para ello se está formando una nueva generación de gestores que ven una oportunidad única de cambiar las cosas más allá de las ambiciones personales y sueños de grandeza muy propios de este tipo de profesiones.

ERNESTO OTTONE RAMÍREZ
Director Ejecutivo
Centro Cultural Matucana 100
Publicado en el Diario La Nación el 06/09/05